

Las golondrinas me hablan

En verano me gusta pintar con la puerta del estudio abierta. Es agradable sentir el aire tibio en la piel, escuchar el rumor de las hojas del tilo mecidas por el viento y percibir un montón de olores que no llegarían hasta mí encerrado en una habitación. Es casi como pintar en el campo.

Así estaba yo, de pie, pinceles y paleta en mano, frente al lienzo, intentando entender por qué el pájaro que estaba pintando no acababa de mirarme cuando, sin previo aviso y con total naturalidad, entraron por la puerta abierta del estudio dos golondrinas que, tras darse un vuelo de reconocimiento por la estancia, se quedaron a dos palmos de mi cara; y aleteando en el sitio y mirándome a los ojos comenzaron un diálogo entre ellas -y quizás conmigo- que me dejó paralizado y con la boca abierta durante no pocos segundos.

A ojos de una persona fascinada por el mundo animal este episodio se entendería como un claro intento de comunicación entre especies. Me vinieron a la mente lecturas de la infancia, las novelas en las que el Dr. Dolittle podía hablar con los animales, y me sentí de una gran torpeza por no ser capaz de entender lo que claramente me estaban intentando decir esas dos golondrinas.

Durante esa mañana entraron dos o tres veces más en el estudio a intentar comunicarse conmigo... O quizás simplemente estaban buscando un lugar apropiado para poner el nido... Pero ¿por qué se paraban delante de mis narices y no paraban de canturrear?

Con el tiempo me convencí de que quizás lo importante de esta vivencia no fue entender qué decían las golondrinas sino más bien tener la certeza de que me estaban diciendo algo a mí.

